

La Memoria

Por ENRIQUE GUARNER

CUANDO aprendemos algo, un cambio sucede en el cerebro, pero en qué consiste el mismo ha sido objeto de conjeturas. Desde tiempo atrás las investigaciones sugirieron que una experiencia deja trazas en las uniones celulares a las que denominaron «engramas». La teoría implica la presencia de circuitos reverberantes o reproductivos, puesto que un estímulo eléctrico aplicado a las neuronas puede permanecer descargando energía durante algunos segundos. Estas uniones circulares serían las que almacenarían nuestros recuerdos.

Cabe añadir que los datos electroencefalográficos sostienen esta hipótesis, puesto que nos muestran que el cerebro trabaja constantemente, aún en el sueño más profundo. La teoría explicaría los olvidos de la vejez como debidos a la imposible regeneración de los circuitos, por la muerte neuronal. A fines de los cincuenta el famoso neurocirujano canadiense Herbert Penfield logró localizar áreas de la memoria en la región temporal de sus operados. Esto sucedía concentrando una corriente eléctrica en un mismo punto y observando cómo el paciente recordaba un episodio trascendente de su vida.

Autores más recientes sostienen la hipótesis de que las neuronas acumulan proteínas que determinan la memoria. Estas ideas han quedado demostradas por los intercambios que se establecen entre las células de sostén o glia y las unidades del sistema nervioso central.

En el lenguaje actual de las computadoras, la memoria es un instrumento donde se acumula la información. Sin embargo, no estoy de acuerdo con la pretensión de que estas máquinas electrónicas pueden llegar a pensar como el cerebro humano. En realidad las computadoras en forma rudimentaria son capaces de recolectar datos, los cuales repiten fiel y automáticamente. De lo que aprende el hombre solamente retiene una parte y los recuerdos conservados o revivencias, nunca serán reproducidas como la imagen real del objeto, pero éste llevará emociones, fantasías y sobre todo un inconsciente, del que carecerá la computadora.

La primera condición para establecer un recuerdo en la memoria reside en su comprensión, lo cual depende de la atención y el interés que nos despierte. Por lo tanto, no todos los objetos que percibimos son conservados, porque requerimos para su retención de una cierta capacidad de fijación. En otras palabras, desde el punto de vista psicológico el concepto de potencial adquiere una enorme importancia en cuanto a aquello que vayamos a almacenar.

Recuerdos antiguos y recientes

Dentro de la memoria cabe hacer la distinción entre los recientemente apropiado y lo que son los antiguos recuerdos. Sucede como si las huellas o trazas al igual que los estratos geológicos se fueran depositando por capas. Es por ello que los más profundos son los arcaicos y los superficiales los novedosos. De este modo el proceso del olvido sigue el orden inverso desgastándose desde lo externo hacia lo interno.

La retención humana alcanza su punto máximo en la infancia y adolescencia, se mantiene a lo largo de la edad adulta y rápidamente disminuye en la senectud. Sin embargo, existen ancianos mentalmente activos que pueden todavía utilizar sus conocimientos profesionales y acordarse de un gran número de acontecimientos. Por el contrario, estas mismas personas pasan grandes apuros para retener fechas recientes o los nombres y características de sus nietos. Este fenómeno puede ser explicado porque las reminiscencias tienen la ventaja de haber sido evocadas en numerosas ocasiones y con ello se ha incrementado el proceso de fijación.

Además tenemos que agregar que a medida que aumenta la edad, los individuos viejos acostumbran disminuir sus intereses en los sucesos actuales y con frecuencia prefieren recurrir a la perspectiva histórica.

Dijimos anteriormente que la memoria o el arte de aprehender las cosas alcanza su florecimiento en la juventud, pero a menudo observamos gente madura con grandes conocimientos acumulados. Ello se debe a que poseen una mayor habilidad lógica, a que asocian con facilidad y su inteligencia los lleva a no repetir mecánicamente sus recuerdos. De cualquier manera esta evolución no se cumple por igual en las personas y consiguientemente se ofrecen enormes diferencias individuales. En

efecto, el talento de Napoleón, Goethe, Einstein o Freud, se debía a que poseían una vasta cultura de los hechos que nunca reproducían automáticamente. Esta capacidad explica el que conservemos los objetos o acontecimientos que se relacionan entre sí, aunque pertenezcan al pasado. Todos conocemos la experiencia familiar de que olvidemos un idioma que en la infancia dominábamos y que ya en la vida adulta casi no recordamos. Sin embargo, si volvemos al país donde lo aprendimos, nos sorprende la facilidad con la que de nuevo volvemos a hablarlo. Lo mismo sucede con imágenes que aparentemente desaparecieron de nuestra mente, sin que a pesar de los esfuerzos podamos evocarlas. No obstante, si casualmente algún estímulo vuelve a despertarla adquieren mayor intensidad e incluso notamos las modificaciones que se operaron en ellas con el transcurso del tiempo y hasta captamos detalles nuevos insignificantes.

La afectividad interviene en forma ininterrumpida en la reproducción de los recuerdos y es ésta la razón por la que se deforman, desplazan o se olvidan. Ya señalamos antes que la condición preliminar para que algo se fije en la memoria es que la percepción nos interese y despierte nuestra atención. Es precisamente esta motivación la que da lugar a que los recuerdos resulten de mayor viveza, cuando se relacionan con nuestra propia existencia.

Un éxito o un triunfo no se omiten fácilmente, mientras que las faltas, contratiempos o fracasos suelen ser reprimidos. La razón para que esto suceda parte de la tonalidad afectiva sumergida en el incidente. Frecuentemente no sólo se olvida el acontecimiento, sino sus antecedentes y acompañantes.

Cuando una persona se psicoanaliza se da cuenta de cómo sus conflictos fueron desplazados y por narcisismo se presentan de manera favorable para uno. Los recuerdos se transforman en optimistas y se les despoja del desagradable componente emocional. Por ello escuchamos que: «los tiempos pasados fueron mejores», o «los felices años escolares».

La razón de la permuta reside en la fluctuación del afecto. El sujeto que después de un largo periodo vuelve a leer sus cartas de amor puede ver los hechos de aquella época que las motivaron, pero lógicamente no llega a sentir la misma disposición de ánimo. La reflexión hace entender que su emoción ha cambiado. Tanto es así que las pasiones dolorosas se reprimen y pasan al olvido. Parecería como que ante ciertas situaciones existe lo que pudiéramos denominar una perspectiva temporal insuficiente y siempre es difícil la estimación actual del pasado.

Constituyen la forma más patológica de olvido. La persona que la sufre no puede acordarse de su nombre, dirección, estado familiar o edad. Tampoco puede reconocer a sus amigos y sin embargo, habla, escribe o lee en su propio idioma. Incluso otras funciones del yo permanecen intactas excepto el área de la memoria. Psicoanalíticamente sería un intento inconsciente por escapar de una realidad intolerable. Los eventos difíciles de resolver precipitan el cuadro clínico, aunque anteriormente los familiares observaron episodios con ausencias temporales y olvidos frecuentes. Se podría pensar en una verdadera disociación actuando los deseos prohibidos sin sentir angustia o culpa. En otras palabras, se busca una nueva vida con otro nombre, fugándonos de una realidad que nos es amenazante.

La mayoría de los amnésicos permanecen en esta situación algunas horas, pero existen otros que prolongan la pérdida de la memoria a lo largo de semanas. En general, requieren de relajación y descanso, pero la psicoterapia es indispensable para recuperar su propia identidad.